

¿Cómo contestamos la pregunta penosa de «Dónde se encuentra Dios cuando golpea el sufrimiento?»

El sufrimiento personal (sea esto en forma de enfermedad, accidente, agresión, robo, pobreza o desastre natural) suele hacernos suscitar los interrogantes espirituales. Para muchos, una catástrofe de grandes proporciones es, a la vez, una emergencia humanitaria y una crisis espiritual compleja. Los interrogantes que surgen debidos al sufrimiento personal, o bien a las emergencias humanitarias complejas son los mismos: *¿Dónde estás, Dios? ¿Por qué permitió esto? ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué quedan algunos exentos y otros no?*

El sufrimiento catastrófico es atroz donde y cuandoquiera que esto ocurra. Pero la tragedia actual es indescriptible en un país como Haití que ha aguantado ola tras ola de sufrimiento, las que parecen ser interminables. Resultan insuficientes las palabras, sin embargo nuestro corazón clama por respuestas. La gente quiere hallar las respuestas a estas preguntas, y si no logramos brindárselas fracasamos en nuestro intento por responder a sus necesidades más esenciales como seres humanos. Entonces, se suele proponer una gama de respuestas:

1. *Es voluntad de Dios, a la que nos debemos someter.*
2. *No representa únicamente la voluntad de Dios, sino también su juicio.*
3. *Esto confirma que no existe un Dios bueno en que podamos confiar.*
4. *Aunque existiera un Dios bueno, parece que el Mal goza de mayor soberanía.*
5. *Los supervivientes agradecen y alaban a Dios por atender a sus plegarias (lo que hace surgir la penosa pregunta del por qué Dios no escuchó a las oraciones de otros.)*
6. *Así que algunos concluyen que el silencio es la única respuesta apta ante estas preguntas.*

No me convence ninguna de estas seis opciones. Ninguna de ellas le hace honra al Dios que hallamos en el Evangelio de Jesucristo. No hay tiempo para dar respuestas prolongadas y complejas a las preguntas antiquísimas y universales de la humanidad que nos provocan el sufrimiento cuando nos encontramos rodeados de las tinieblas del dolor, la pérdida y el dolor. En general, las mejores respuestas resultan ser las expresiones tangibles de amor y compasión. Pero la gente clama también por explicaciones. “¿Por qué, mi Dios?” Si no logramos decir algo útil en espacio de tres minutos, quedaremos por siempre sin ser escuchados. Por lo tanto me atrevo a ser demasiado simplista de cara al misterio profundo del dolor humano, proponiendo una respuesta de tres minutos.

Primero, el Evangelio enérgicamente declara que la voluntad de Dios para las personas la constituye la vida y no la muerte y el sufrimiento. Dios pasa acongojado por el pecado y el sufrimiento humano. Jesús lloró por Jerusalén (Lucas 19:41). Respondemos al sufrimiento con el lamento y las lágrimas. Si perdemos la capacidad de llorar, perdemos el derecho a responder al dolor ajeno. El sufrimiento es contrario a la buena voluntad del Dios de toda bondad. Mediante Ezequiel, Dios declaró “*Yo no quiero la muerte de nadie*” (Ezequiel 18:32). Por lo tanto, en Jesucristo, Dios supera el mero llanto, afirmando, “*yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia*”, dice (Juan 10:10). En Jesús el Mesías, Dios entró nuestras vidas desoladas, cargó con nuestras enfermedades, soportó nuestros dolores juzgó nuestro pecado y destruyó el poder del Diablo (Isaías 53:4). No sólo soportó Dios nuestros dolores, triunfó sobre todo lo que nos impide gozar de la vida plena (Filipenses 2:5-11).

Segundo, si bien este triunfo sobre el sufrimiento se consiguió mediante la vida, muerte y resurrección de Cristo, no se cumplirá por completo hasta que no llegue la Nueva Creación. Vivimos en el ínterin, tendidos entre las penas del presente y las promesas del futuro. Vivimos entre la creación original de Dios, con su desolación caída, su redención en Cristo y su realización en el Reino que está por venir. Durante este mismo tiempo intermedio, nadie, cristiano o no, se exime de vivir la condición caída y desolada de la creación, los estragos del pecado y las agresiones de lo demoníaco: las enfermedades, los desastres y la muerte. Dios no suele ir en contra de las leyes de la naturaleza, o de las consecuencias de la caída de la creación. “*La creación aguarda con ansiedad,*” en

espera de la realización de nuestra redención colectiva—luego la creación también se liberará (Romanos 8:18-25).

Tercero, con confianza declaramos que al fin y al cabo ¡el sufrimiento no prevalecerá! Un día se proclamará: « ¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor... ¡Yo hago nuevas todas las cosas!» (Apocalipsis 21:3-5). Cuando el pueblo de Israel era cautiva en Babilonia, Dios le brindaba palabras orientadoras y profundas: “Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes —afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza” (Jeremías 29:11). La palabra *esperanza* en el hebreo evoca un cuadro maravilloso que describe la tensión que se impone a una tela de araña. Desconectada de cualquiera extremo, ésta no puede soportar peso alguno. Sujetada firmemente entre dos puntos y bien estirada, la telaraña puede soportar un peso enorme. La esperanza ha de ser estirada entre dos extremos—sujetada firmemente tanto en el presente como en el futuro. Los filamentos individuales de una telaraña se convierten en el sendero de la esperanza. Como seguidores de Cristo, nos decidimos quedar firmemente sujetos en las penas del presente mientras que nos agarramos bien de las promesas del futuro. Como se expresa en Hebreos 6:19-20, “Tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”.

Cuarto, por motivo de esta esperanza no nos resignamos simplemente al sufrimiento, conformándonos a él no más como la suerte que nos toca en esta vida. Ni mucho menos buscamos evadir las penas de este mundo. Israel fue llamado a procurar el bienestar de Babilonia y a sembrar jardines en la ciudad de su cautiverio. La esperanza nos libera para vivir en rebeldía gozosa contra todo lo que impide a la transformación de la vida según la voluntad de Dios. “Alabado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren” (2 Corintios 1:3-4). Gozamos del privilegio de permitirle al Espíritu de Dios derramar el amor de Cristo a través de nuestro corazón y manos. Como pueblo de Dios, somos un ejército de cuidadores, y llevamos la esperanza tangible a las personas agobiadas del sufrimiento que viven al lado nuestro y alrededor del mundo. Más allá de llevar el consuelo a las penas del sufrimiento, buscamos eliminar las causas. En ambos tipos de intervención, entre la desolación del presente manifestamos las señas del esplendor del futuro de Dios que está por venir.

Visión Mundial nació entre las penas y existe gracias a la esperanza. No sabemos por qué algunos quedan a salvo y son bendecidos en abundancia mientras que otros viven entre penas y sufrimientos inimaginables. Lo único que sabemos es que para Dios no existen penas inimaginables, porque en Jesucristo Dios ha cargado con todas ellas. Nuestro llamado es ejercer la mayordomía de la vida y administrar los recursos encargados a nosotros para entrar en lo profundo del sufrimiento humano y permitirle al Espíritu de Dios derramar por nosotros las expresiones tangibles del confiable amor de Dios—en la forma de alimentos, protección, atención médica, promoción de justicia, desarrollo económico y cambios estructurales que puedan abordar muchas de las causas del sufrimiento. Con nuestras lágrimas de empatía y lamento, con nuestras acciones de servicio y justicia y con nuestras plegarias de intercesión y testimonio, dirigimos a la gente hacia el Padre misericordioso y Dios de toda consolación que se halla en Jesucristo. Animamos a las personas—le infundimos de valentía en medio de las penas—para depositar sus esperanzas en el Dios mediante el cual un día cesará todo sufrimiento. *Señor, ten piedad. Cristo, ten misericordia. Señor, concédenos Su paz.*